

ENTRE LAS ACCIONES DEL ESPÍRITU Y LAS ESTRATEGIAS HUMANAS: UNA TEOLOGÍA BÍBLICA DE CRECIMIENTO DE IGLESIA SEGÚN HECHOS 2:42-47

Kebby Rodríguez Gutiérrez¹

Resumen

Este artículo examina críticamente los modelos contemporáneos de crecimiento eclesial influenciados por estrategias empresariales, contrastándolos con el paradigma bíblico presentado en Hechos 2:42-47. El objetivo principal es demostrar que el crecimiento auténtico de la iglesia primitiva fue el resultado de la acción soberana del Espíritu Santo, manifestado a través de cuatro dimensiones fundamentales: (1) la enseñanza apostólica como base doctrinal, (2) la comunión radical (koinonía) que integraba lo espiritual y lo material, (3) la celebración litúrgica del partimiento del pan, y (4) la oración como práctica comunitaria. Mediante una metodología que combina el análisis exegético del texto griego de Hechos 2:42-47 con una evaluación teológica crítica en diálogo con fuentes primarias y secundarias contemporáneas, el estudio revela cómo este modelo contrasta con los enfoques pragmáticos actuales que priorizan indicadores cuantitativos (bautismos, asistencia, recursos económicos). Los resultados destacan que el crecimiento en Hechos 2:42-47 fue consecuencia natural de una comunidad que encarnaba los valores del Reino, no producto de estrategias humanas. Como implicación pastoral, se propone reorientar la práctica eclesial contemporánea hacia: (a) una comprensión del éxito basada en la fidelidad al Evangelio más que en resultados numéricos, (b) el discipulado entendido como proceso integral de formación, y (c) la integración de adoración, comunión y testimonio social.

Palavras-chave: Crecimiento eclesial; Espíritu Santo; Hechos 2; pragmatismo; discipulado integral.

Editores científicos: **Flavio Prestes Neto e Eduardo Rueda Neto**

Organização: Comitê Científico
Double Blind Review pelo SEER/OJS
Recebido: 07/05/2025
Aprovado: 15/07/2025

Como citar: GUTIÉRREZ, K. R. Entre las acciones del Espíritu y las estrategias humanas: una teología bíblica de crecimiento de iglesia según Hechos 2:42-47. *Kerygma*, Engenheiro Coelho, v. 20, n. 1, p. 01-24, e1975, 2025. DOI: <https://10.19141/1809-2454.kerygma.v20.n1.pe1975>

¹ Doctorando en Teología Bíblica y Misionología en la Universidad Peruana Unión (UPeU); maestro en Teología Bíblica; licenciado en Teología por la Universidad Adventista Dominicana. Profesor de Biblia en la Universidad Peruana Unión. E-mail: kebbbyrodriguez@icloud.com



BETWEEN SPIRIT AND STRATEGY: A BIBLICAL THEOLOGY OF CHURCH GROWTH ACCORDING TO ACTS 2:42-47

Abstract

This article critically examines contemporary models of church growth influenced by business strategies, contrasting them with the biblical paradigm presented in Acts 2:42-47. The primary objective is to demonstrate that the authentic growth of the early church resulted from the sovereign action of the Holy Spirit, manifested through four fundamental dimensions: (1) apostolic teaching as doctrinal foundation, (2) radical fellowship (*koinonia*) integrating spiritual and material aspects, (3) liturgical celebration of the breaking of bread, and (4) prayer as communal practice. Using a methodology combining exegetical analysis of the Greek text of Acts 2:42-47 with a critical theological evaluation in dialogue with contemporary primary and secondary sources, the study reveals how this model contrasts with current pragmatic approaches prioritizing quantitative indicators (baptisms, attendance, economic resources). The findings emphasize that growth in Acts 2 was the natural consequence of a community embodying Kingdom values, not the product of human strategies. As pastoral implications, the study proposes reorienting contemporary ecclesial practice toward: (a) understanding success based on Gospel faithfulness rather than numerical results, (b) discipleship as a comprehensive formation process, and (c) integration of worship, fellowship, and social witness.

Keywords: Church growth; Holy Spirit; Acts 2; pragmatism; integral discipleship.

ENTRE AS AÇÕES DO ESPÍRITO E AS ESTRATÉGIAS HUMANAS: UMA TEOLOGIA BÍBLICA DE CRESCIMENTO DE IGREJA SEGUNDO ATOS 2:42-47

Resumo

Este artigo examina criticamente os modelos contemporâneos de crescimento eclesial influenciados por estratégias empresariais, contrastando-os com o paradigma bíblico apresentado em Atos 2:42-47. O objetivo principal é demonstrar que o crescimento autêntico da igreja primitiva foi o resultado da ação soberana do Espírito Santo, manifestada por meio de quatro dimensões fundamentais: (1) o ensino apostólico como base doutrinária, (2) a comunhão radical (*koinonía*) que integrava o espiritual e o material, (3) a celebração litúrgica do partir do pão e (4) a oração como prática comunitária. Mediante uma metodologia que combina a análise exegética do texto grego de Atos 2:42-47 com uma avaliação teológica crítica em diálogo com fontes primárias e secundárias contemporâneas, o estudo revela como este modelo contrasta com as abordagens pragmáticas atuais que priorizam indicadores quantitativos (batismos, frequência, recursos econômicos). Os resultados destacam que o crescimento em Atos 2:42-47 foi consequência natural de uma comunidade que encarnava os valores do Reino, não produto de estratégias humanas. Como implicação pastoral, propõe-se reorientar a prática eclesial contemporânea para: (a) uma compreensão do sucesso baseada na fidelidade ao Evangelho mais do que em resultados



numéricos; (b) o discipulado entendido como processo integral de formação; e (c) a integração entre adoração, comunhão e testemunho social.

Palabras clave: Crecimiento da igreja; Espírito Santo; Atos 2; pragmatismo; discipulado integral.

INTRODUÇÃO

En las últimas décadas, el crecimiento eclesial ha sido objeto de debates intensos, formulación estratégica y estandarización metodológica en amplios sectores del cristianismo global. Bajo la influencia del *Church Growth Movement* (Movimiento de Crecimiento de la Iglesia), y en diálogo con paradigmas de gestión empresarial y *marketing* contemporáneo, muchas iglesias han adoptado modelos orientados a la expansión numérica como principal criterio de éxito misional. Esta tendencia ha producido una redefinición funcional de la misión, desplazando el centro desde la fidelidad al Evangelio hacia la optimización de resultados medibles. El énfasis en campañas evangelísticas de alto impacto, metas bautismales anuales y evaluación pastoral basada en indicadores cuantitativos ha permeado también espacios confesionales teológicamente comprometidos, como el adventismo.

Frente a este panorama, el presente artículo propone una lectura exegético-teológica de Hechos 2:42-47 como modelo bíblico de crecimiento eclesial, enraizado no en la eficiencia organizacional, sino en la fidelidad al Reino de Dios. Este pasaje lucano —uno de los sumarios programáticos más densos del Nuevo Testamento— no solo ofrece un retrato de la iglesia primitiva, sino una representación teológica del *ethos* comunitario que caracterizó su expansión: enseñanza apostólica, comunión, vida litúrgica, solidaridad práctica y acción misionera del Espíritu.

El objetivo de este estudio es doble: por un lado, formular una crítica teológica al paradigma contemporáneo de crecimiento orientado al rendimiento; y por otro, articular una propuesta misional inspirada en el testimonio de la comunidad de Jerusalén como praxis coherente con el Reino de Dios. Para ello, se explorarán las raíces bíblicas del crecimiento como fruto y no como objetivo, y se delinearán implicaciones pastorales concretas para la iglesia actual. La hipótesis que guía esta reflexión sostiene que el crecimiento genuino de la iglesia — según Hechos 2 — no puede ser separado de su fidelidad doctrinal, su vida en el Espíritu y su testimonio comunitario, y que todo intento de sustituir estos fundamentos por estrategias externas corre el serio riesgo de desfigurar la naturaleza misma de la iglesia.

A partir de un análisis exegético detallado, una evaluación crítica del pragmatismo eclesial contemporáneo y una reflexión teológica contextual, este



artículo busca contribuir al desarrollo de una teología bíblica del crecimiento eclesial que sea fiel a las Escrituras, coherente con la misión del Reino, y pertinente para las iglesias del siglo 21.

LA LÓGICA EMPRESARIAL EN LA IGLESIA CONTEMPORÁNEA

Desde mediados del siglo 20, diversos sectores del cristianismo han experimentado una transformación en su comprensión y práctica de la misión. Buscando mayor eficacia en la misión evangelizadora, diversas iglesias han optado por incorporar elementos del modelo empresarial, adaptándolos al contexto eclesial con la intención de impulsar su crecimiento. Este fenómeno plantea preguntas importantes sobre el equilibrio necesario entre la eficiencia y la fidelidad al evangelio. Eddie Gibbs lo reconoce al afirmar que la misión divina terminó reduciéndose a una empresa humana: “El segundo [error fatal] fue reducir la misión divina a una empresa humana” (Gibbs, 2000, p. 7).

Este fenómeno, fuertemente influido por el *Church Growth Movement* y las dinámicas del evangelicalismo norteamericano, ha producido una visión marcadamente pragmática de la misión, en la que lo cuantificable adquiere primacía sobre lo teológicamente bíblico. El misionólogo Stefan Paas describe esta tendencia como una negligencia hacia otras dimensiones del crecimiento, confundiendo cantidad con calidad: “Su obsesión con el crecimiento numérico ha sido vista como un descuido de otras dimensiones del crecimiento, como el discipulado. De este modo, confunde cantidad con calidad” (Paas, 2016, p. 120).

Uno de los efectos más notorios de esta mentalidad ha sido la reducción de la misión a campañas orientadas a la obtención de resultados medibles. La asistencia a los cultos, la cantidad de bautismos, los templos construidos y los ingresos financieros se convierten, en numerosos contextos, en los nuevos indicadores de “éxito” eclesial. “Los grupos protestantes en los Estados Unidos generalmente miden la efectividad de la iglesia y del ministerio pastoral [...] mediante algunos criterios simples: tendencias en la asistencia, conversiones, bautismos, ingresos, programas, etc.” (Green, 2002, p. 71).

El problema no radica en la recopilación de datos —actividad legítima en sí misma— sino en la inversión del orden teológico: lo que debería ser fruto de la acción de Dios y del discipulado fiel pasa a convertirse en meta institucional. Así, el



crecimiento cuantitativo deja de ser una consecuencia natural para convertirse en un fin.

Esta lógica se consolida mediante la adopción de técnicas propias del *marketing* secular: análisis de públicos objetivos (*target groups*), segmentación social, estudios de marca, medición de impacto y liderazgo orientado al crecimiento. Como afirma Mark Belokonny: “Así, las iglesias compiten por el consumidor en el mismo nivel que los Frosted Flakes o la cerveza Miller Lite” (Belokonny, 1997, p. 50).

En ciertos contextos contemporáneos existe el riesgo de concebir la iglesia con estructuras muy similares a las corporativas, con roles semejantes a los del modelo empresarial, donde los pastores actúan como gerentes y los miembros como consumidores. Aunque estas estructuras organizacionales ofrecen beneficios, es importante una reflexión crítica para mantener claros los principios y valores bíblicos sobre la identidad de la iglesia. Esta corporativización de la iglesia no es un mero cambio organizacional, sino una transformación profunda en la comprensión misma del Evangelio, que desplaza el centro desde el Reino de Dios hacia la maximización de resultados.

En su artículo “Evangelism in a Postmodern World” [La evangelización en un mundo posmoderno], Elmer Towns llama a la iglesia a abandonar la mentalidad mercadológica: “Olvidémonos de nuestra mentalidad ‘mercadológica’ y no los llamemos ‘consumidores’. No diseñemos un culto como el mundo diseña menús para atraer los apetitos posmodernos” (Towns, 2002, p. 43). La crítica de Towns no es solo lingüística, sino estructural: la misión de la iglesia no puede estar subordinada a las lógicas de consumo.

El profesor Gary McIntosh también ha reconocido que esta mentalidad orientada al *marketing* ha generado un efecto contrario al deseado. “Este énfasis en el *marketing* alejó efectivamente a muchas personas de la noción popular de crecimiento eclesial” (McIntosh, 2010, p. 44). Es decir, la adopción excesiva de técnicas comerciales podría afectar la percepción de autenticidad del mensaje eclesial, generando en algunos casos cuestionamientos sobre la instrumentalización del evangelio. Este aspecto merece atención pastoral, a fin de asegurar que los métodos empleados sean coherentes con la identidad y misión de la iglesia.

En este contexto, se observa una creciente presión institucional sobre los líderes espirituales. En algunas denominaciones estructuradas, la evaluación pastoral



puede depender significativamente de resultados cuantitativos, tales como bautismos, ingresos financieros y metas cumplidas. Esto, aunque puede ofrecer ciertos beneficios organizacionales, invita a una reflexión pastoral profunda para asegurar que no se descuiden elementos esenciales como la fidelidad teológica y la madurez espiritual de la comunidad. Elmer Towns lo describió con cruda lucidez al afirmar: “Nosotros, los pastores estadounidenses, sin darnos realmente cuenta de lo que estaba ocurriendo, permitimos que nuestra vocación fuera redefinida en términos del carrerismo estadounidense” (Green, 2002, p. 71). Esta afirmación refleja una realidad alarmante: la vocación pastoral, en muchos casos, ha sido absorbida por una lógica de productividad profesional.

Según el *Merriam-Webster Dictionary*, *careerism* se define como “la política o práctica de avanzar en la carrera profesional, a menudo a costa de la integridad personal” (Careerism, 2025). Un énfasis excesivo en resultados cuantitativos puede traer ciertos desafíos pastorales, incluyendo el riesgo de agotamiento emocional y la presión por obtener resultados rápidos. Se hace necesario abordar este tema desde una perspectiva pastoral atenta al bienestar emocional y espiritual del liderazgo.

Paralelamente, se produce una adaptación teológica al modelo. El mensaje profético y el llamado al arrepentimiento son minimizados en favor de discursos motivacionales centrados en la realización personal o el crecimiento institucional. En palabras de diversos analistas, esta situación ha dado lugar a una iglesia orientada al mercado, donde la fidelidad al mensaje se ve continuamente negociada en nombre de la relevancia cultural o el impacto mediático. Como lo expresa una cita emblemática: “Muchos lamentan el cambio hacia valores del mercado, como la eficacia, el rendimiento, el crecimiento y la ‘cuota de mercado’, dentro de la iglesia estadounidense” (Green, 2002, p. 72).

En términos misionales, este enfoque implica un desplazamiento desde el discipulado hacia el reclutamiento. El énfasis ya no recae en formar creyentes maduros, sino en aumentar la membresía. Se valora más la expansión acelerada que la profundidad formativa. El resultado es una iglesia numerosa pero muchas veces frágil en identidad, escasa en enraizamiento bíblico y débil en compromiso transformador. En este contexto, se impone la necesidad urgente de priorizar la obediencia a la Palabra por encima de los resultados visibles. Así lo denuncia una de las citas más reveladoras del problema: “El error del pragmatismo consiste en



considerar que las metodologías que ‘funcionan’ son más importantes y más viables que aquellas que son bíblicas” (Belokonny, 1997, p. 45).

Incluso en contextos adventistas existe el riesgo potencial de adoptar algunas de estas prácticas. La fijación de blancos bautismales anuales, la evaluación del desempeño pastoral principalmente a partir de metas numéricas y la presión institucional por resultados visibles pueden generar desafíos significativos. Esto invita a una reflexión pastoral cuidadosa sobre cómo mantener equilibrados el discipulado integral, el testimonio comunitario y la fidelidad al mensaje profético. Incluso entre los evangélicos que promovieron el crecimiento de iglesias, ya se reconoce el peligro de decisiones apresuradas que no conducen a un discipulado genuino: “La tarea fundamental no era precipitar decisiones, sino ayudar a las personas a emprender el camino de toda la vida del discipulado cristiano” (Gibbs, 2000, p. 10).

Frente a este panorama, se vuelve imprescindible recuperar una visión teológica del crecimiento eclesial. No se trata de negar el valor del crecimiento, sino de reordenar sus fundamentos. La iglesia está llamada a crecer, sí, pero como fruto de su fidelidad a Cristo y su coherencia con principios bíblicos, no como resultado de estrategias humanas desligadas del Evangelio. En este marco, la lectura de Hechos 2:42-47 adquiere una relevancia singular para nuestro tiempo, al ofrecer una alternativa radical al paradigma cuantitativo: el modelo de una iglesia que crece porque vive el mensaje de forma auténtica, no porque lo persigue como objetivo.

HECHOS 2 COMO PARADIGMA BÍBLICO DE CRECIMIENTO

El pasaje de Hechos 2:42-47 constituye una de las más densas y programáticas descripciones de la vida comunitaria de la iglesia naciente. Más que una simple narración de eventos posteriores a Pentecostés, Lucas elabora aquí una teología narrativa del crecimiento eclesial, anclada en la praxis del discipulado, la comunión fraterna, la espiritualidad colectiva y la misión del Reino. Este texto no debe leerse de forma aislada ni como un idealismo litúrgico, sino como una cristalización literaria y teológica de la eclesiología lucana.



Función literaria: resumen programático y teología narrativa

Desde un punto de vista narrativo, Hechos 2:42-47 funciona como la conclusión del relato pentecostal, pero también inaugura una serie de sumarios programáticos (cf. Hch 4:32-35; 5:12-16; 9:31; 12:24), mediante los cuales Lucas destila el ethos espiritual y comunitario de la iglesia primitiva. Estos resúmenes no tienen una función meramente informativa, sino que articulan la visión teológica de Lucas: una comunidad empoderada por el Espíritu Santo, conformada por el testimonio apostólico y estructurada alrededor de prácticas concretas que encarnan el Reino de Dios.

Lejos de presentar una utopía inaccesible, Lucas propone un modelo, no en el sentido normativo-jurídico, sino paradigmático y misionológico. El texto es deliberadamente teológico: no se trata de un retrato romántico, sino de una representación narrativa que busca formar una estructura eclesial en el lector.

El versículo 42: Las cuatro columnas de la comunidad

El corazón del pasaje se encuentra en Hechos 2:42, donde Lucas presenta el fundamento de la vida comunitaria primitiva con una cuádruple estructura: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hch 2:42).

Esta frase, escrita en griego koiné con un participio imperativo (*ἥσαν προσκατεροῦντες*), indica una acción continua e intencional. La perseverancia [*proskartereo*] implica devoción constante, adhesión perseverante y resistencia firme (Strong, 2009). No se trata de un entusiasmo inicial, sino de una disciplina espiritual sostenida. Los cuatro elementos constituyen el núcleo estructural y espiritual de la comunidad:

“La doctrina de los apóstoles” (τῇ διδασκῇ τῶν ἀποστόλων)

Este primer elemento subraya la autoridad normativa de la enseñanza apostólica como cimiento de la iglesia. La palabra *διδασκῇ* implica más que contenido doctrinal: alude a una instrucción viva, oral, encarnada en el testimonio de los apóstoles. “La enseñanza de Dios por medio de Jesús y de los apóstoles” (Rengstorf, 2002, p. 162). Aquí encontramos una eclesiología que no se sostiene en emociones o experiencias carismáticas aisladas, sino en una formación doctrinal profunda, con



raíces en la enseñanza de Jesús transmitida por sus testigos autorizados (cf. Hch 1:8).

“La comunión unos con otros” (τῇ κοινωνίᾳ)

La koinonía en el Nuevo Testamento no es simplemente compañerismo o amistad; es una participación mutua en la vida del Espíritu (cf. 1 Cor 1:9; 2 Cor 13:14). La comunidad cristiana se entiende como un cuerpo interdependiente, donde la fe no es vivida en aislamiento, sino en entrega mutua, generosidad práctica y solidaridad radical. La palabra κοινωνία “denota, no la sociedad cristiana ni su comunidad de bienes, sino la comunión familiar que se establece y se expresa en la vida de la iglesia” (Hauck, 2002, p. 439). Esta dimensión implica una crítica directa a modelos de iglesia donde predomina el individualismo religioso o la privatización de la fe.

“El partimiento del pan” (τῇ κλάσει τοῦ ἄρτου)

Esta expresión se refiere, muy probablemente, tanto a las comidas comunitarias cuanto a la celebración de la Cena del Señor. El contexto lucano (cf. Lc 24:30-35; Hch 20:7) sugiere que el “partimiento del pan” adquirió un significado teológico: Cristo resucitado es reconocido al partir el pan. Esta práctica no es un rito vacío, sino una memoria viva del Cristo crucificado y resucitado, que alimenta y unifica a su pueblo. La mesa del Señor se convierte en espacio de igualdad, reconciliación y gracia.

“Las oraciones” (ταῖς προσευχαῖς)

Finalmente, Lucas incluye la dimensión espiritual y litúrgica. La comunidad persevera en las oraciones regulares, colectivas, probablemente tanto en el templo como en las casas (cf. Hch 3:1). Esto demuestra una espiritualidad enraizada en la tradición judía, pero ahora reinterpretada a la luz de la obra de Cristo y el don del Espíritu. La oración no es aquí un acto individual, sino un ritmo comunitario, que conecta la iglesia con el poder de Dios y le otorga orientación misionera (Greeven, 2002, p. 146).



Hechos 2:43-47: Manifestación visible del Reino

Los frutos visibles del Espíritu no consisten solo en dones extraordinarios, sino en un nuevo estilo de vida. La comunidad en Hechos experimenta una transformación integral que afecta su economía, sus relaciones, su espiritualidad y su misión. El temor reverente, los milagros apostólicos, la vida en común, la solidaridad económica, la constancia litúrgica y el favor del pueblo son manifestaciones concretas del Reino de Dios.

En ese sentido, Keener (2012, p. 1000) observa que “es posible tener muchos ‘convertidos’ en una reunión [...] Lucas subraya que el derramamiento del Espíritu no produjo simplemente resultados numéricos a corto plazo, sino frutos duraderos”. Esto confirma que el modelo lucano no enfatiza resultados numéricos inmediatos, sino frutos perdurables nacidos de una auténtica vida comunitaria.

Los versículos 43 a 47 presentan la encarnación concreta de estas prácticas en la vida diaria de la comunidad:

Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hch 2:43-47).

Este pasaje presenta al menos cinco características claramente delineadas de una comunidad del Reino:

Temor reverente y señales apostólicas (v. 43)

El temor (*phobos*) indica una conciencia aguda de la presencia divina. Las señales no son espectáculo, sino testimonio del poder del Reino irrumpiendo en la historia.

Unidad radical y economía del Reino (v. 44-45)

La comunidad vive en un estado de interdependencia real, compartiendo bienes “según la necesidad de cada uno”. Esta generosidad refleja la justicia



escatológica del Reino, en contraste con las desigualdades del sistema imperial romano (cf. Dt 15:4-11).

Espiritualidad cotidiana y encarnada (v. 46)

Templo y casas no son lugares opuestos, sino espacios complementarios. La vida de adoración es simultáneamente pública y doméstica, festiva y sencilla.

Alabanza gozosa y testimonio público (v. 47a)

La comunidad no solo se relaciona con Dios, sino que impacta su entorno. El “favor con todo el pueblo” es resultado del testimonio encarnado, no de estrategias de *marketing* o campañas.

Crecimiento como obra divina (v. 47b):

La frase final es teológicamente decisiva: “Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hch 2:47). Aquí el sujeto del crecimiento no es la iglesia, ni los apóstoles, sino el Señor mismo. El crecimiento no es una meta, sino un resultado soberano de una comunidad fiel a Dios.

Conclusión exegético-teológica

Hechos 2:42-47 ofrece una visión integral y alternativa del crecimiento eclesial, donde la expansión no depende de técnicas humanas ni de metas numéricas, sino de la presencia del Espíritu Santo, la fidelidad al Evangelio y la vivencia del Reino en comunidad. Este modelo desafía profundamente los enfoques contemporáneos centrados en la eficiencia, el rendimiento y la cuantificación.

Lucas, a través de este sumario, nos recuerda que la iglesia no crece por su propio esfuerzo, sino por ser fiel al patrón del Reino: enseñanza sólida, comunión radical, adoración auténtica, oración constante, testimonio encarnado y dependencia total de la acción del Espíritu Santo. Este pasaje, leído teológicamente, no solo inspira, sino convoca a una reforma misionológica urgente para el siglo 21.

Incluso Donald McGavran, uno de los padres fundadores del movimiento de crecimiento de iglesias, reconoció la primacía de la acción divina por sobre cualquier metodología humana. En su obra clásica *Understanding Church Growth* [Comprendiendo el Crecimiento de la Iglesia], afirmó:



El papel del Espíritu Santo en el crecimiento de la iglesia es supremo. Solo Dios —no la previsión humana— edifica la iglesia. Jesús dijo: “Yo edificaré mi iglesia” (véase Mt 16:18). El apóstol Pablo reconoció que, aunque él planta y Apolos riega, solo Dios da el crecimiento (véase 1 Co 3:6). El poder soberano del Espíritu Santo a menudo nos sorprende al sobrepasar factores contextuales comunes o condiciones institucionales, y conceder un crecimiento vigoroso incluso en las circunstancias menos prometedoras (McGavran, 1990, p. 144).

Esta declaración, proveniente del mismo enfoque que originó el movimiento, confirma que cualquier intento de crecimiento eclesial que no reconozca la dependencia radical del Espíritu corre el riesgo de convertirse en un ejercicio meramente humano.

EL MODELO DE HECHOS 2 EN LA PRAXIS ECLESIAL

El modelo que emerge de Hechos 2:42-47 no debe leerse simplemente como un retrato histórico o como una etapa idealizada de la iglesia primitiva, sino como una manifestación concreta del Reino de Dios que irrumpe en la historia mediante una comunidad redimida por el Espíritu. Este texto articula lo que podríamos denominar una praxis eclesial del Reino, en la que cada dimensión de la vida comunitaria — enseñanza, comunión, adoración, solidaridad — constituye no un fin en sí mismo, sino un medio sacramental por el cual el Reino se hace visible, tangible y operante en el mundo.

Esta praxis no se sostiene en meras estructuras externas o normativas eclesiásticas, sino en una transformación espiritual interna que brota de la acción vivificante del Espíritu Santo. En esta línea, Martín Lutero — al reflexionar sobre el oficio del Espíritu en la Iglesia — advirtió contra las reducciones del Evangelio a estructuras institucionales, subrayando que el Espíritu no establece leyes ni escribe libros, sino que renueva el corazón humano desde dentro. Afirma:

Claramente, entonces, no es función del Espíritu escribir libros ni instituir leyes. Él escribe en los corazones de los hombres, creando un corazón nuevo, para que el ser humano se regocije delante de Dios, lleno de amor por Él y dispuesto, en consecuencia, a servir con alegría a sus semejantes (Luther, 2000, p. 287).



Desde esta perspectiva, la comunidad de Hechos 2 no puede ser imitada simplemente por reproducir sus formas externas, sino por encarnar el mismo dinamismo espiritual que la originó. La vitalidad eclesial no se produce por modelos replicables, sino por una obra regeneradora que comienza en el interior de los creyentes y se traduce en una vida comunitaria misional y coherente con el Reino.

A continuación, se exploran las cuatro dimensiones teológicas principales que estructuran esta *praxis* lucana:

El crecimiento como obra del Espíritu

Desde el inicio del capítulo, Lucas establece con claridad que la iniciativa misionera es divina, no humana. Hechos 2:1-4 describe así el evento fundacional: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hch 2:1-4).

El agente fundamental del crecimiento es el Espíritu Santo, quien capacita el testimonio (cf. Hch 1:8), abre los corazones (cf. Hch 16:14), produce arrepentimiento (cf. Hch 2:37-38), y constituye a la comunidad como cuerpo viviente de Cristo. No hay estrategias, planes de expansión ni metas numéricas involucradas en el inicio del movimiento cristiano, sino sintonía con el obrar del Espíritu. Esto contrasta fuertemente con modelos contemporáneos que dependen de métodos empresariales, campañas masivas o liderazgos carismáticos. La iglesia no “crece” en sentido técnico: es multiplicada y extendida soberanamente por el Espíritu, como obra escatológica.

El relato de Pentecostés en Hechos 2 no solo inaugura el ministerio apostólico, sino que también anticipa una dinámica espiritual que esta destinada a continuar hasta el fin de los tiempos. El derramamiento del Espíritu Santo no fue un evento aislado ni irrepetible, sino la manifestación inicial de un proceso divino continuo en la historia de la iglesia fiel. Desde una perspectiva confesional, Ellen G. White subraya esta continuidad pneumatológica al afirmar: “El derramamiento del Espíritu



en los días de los apóstoles fue el comienzo de la lluvia temprana, o primera lluvia, y glorioso fue el resultado” (White, 1911, p. 54).

Este marco interpreta Pentecostés como la “lluvia temprana” que dio inicio a la cosecha espiritual, pero que no agota la promesa divina, pues se espera una “lluvia tardía” aún más abundante, destinada a preparar a la iglesia para la venida de Cristo. De este modo, Hechos 2 no solo nos remite a los orígenes, sino que proyecta un paradigma de renovación continua, arraigado en la acción del Espíritu y en la fidelidad de una comunidad que vive en misión.

Discipulado continuo: “perseveraban en la doctrina...”

La expresión del versículo 42 es central: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hch 2:42).

El verbo “perseveraban” (προσκαρτεροῦντες) indica una devoción constante, no esporádica. La referencia a la doctrina de los apóstoles señala que el crecimiento de la iglesia no era superficial ni reactivo, sino profundamente formativo. La evangelización no se reducía a una proclamación puntual, sino que incluía un proceso continuo de enseñanza, acompañamiento y arraigo en la verdad de Cristo. En una época donde la misión a menudo se reduce a campañas breves con resultados contables, este énfasis en el discipulado continuo resulta contracultural.

Este modelo exige repensar la pastoral misionera contemporánea: ¿estamos formando discípulos o acumulando decisiones momentáneas? ¿Hay maduración doctrinal y obediencia creciente, o eventos puntuales sin seguimiento espiritual? La iglesia de Hechos, en cambio, representa una comunidad pedagógica, anclada en el testimonio apostólico, no en eventos espectaculares.

Esta visión del discipulado como proceso implica una entrega radical, no negociable, que trasciende decisiones momentáneas. En palabras de Dietrich Bonhoeffer, cuya teología desafió a generaciones enteras: “El discipulado es tan exigente como bendecido. No demanda nada menos que la muerte del viejo hombre. El llamado a seguir a Jesús es un llamado a morir, a estar muerto al viejo hombre y a vivir en el nuevo” [Bonhoeffer, 2004, p. 93]. Este llamado al seguimiento no puede reducirse solo a estrategias, sino que debe recuperar su dimensión existencial, relacional y profundamente cristocéntrico.



Comunión radical y testimonio del Reino

Los versículos 44-45 describen una economía comunitaria de gracia: “Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno” (Hch 2:44-45).

Este texto no prescribe un modelo económico universal, pero sí testifica de una ética del Reino encarnada en relaciones de generosidad, equidad y cuidado mutuo. En un mundo estructurado por la desigualdad —como el imperio romano, y como nuestros contextos contemporáneos— la comunidad cristiana emerge como anticipo escatológico del Reino, donde “no había entre ellos ningún necesitado” (Hch 4:34).

La práctica del compartir no es legalismo ni idealismo: es testimonio del Evangelio, una proclamación visible y concreta de la resurrección de Cristo ha resucitado y su Reino ya actúa entre los suyos. Este testimonio eclesial desafía a iglesias contemporáneas marcadas por el individualismo, el consumo religioso y la desconexión entre liturgia y justicia.

Adoración y misión integradas

Hechos 2:46-47 presenta una síntesis interesante: “Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo [...]” (Hch 2:46-47a).

Aquí se observa una integración orgánica entre vida litúrgica, vida comunitaria y misión pública. La iglesia no está encerrada en sí misma, al contrario, vive entre el templo y las casas, entre la intimidad fraterna y el testimonio público, entre la alabanza gozosa y el reconocimiento social.

La sencillez de corazón indica autenticidad, y el favor con el pueblo muestra que la comunidad era vista como una bendición social, no como una secta agresiva o cerrada. Esta combinación —espiritualidad profunda y relevancia pública— es uno de los desafíos más urgentes para la iglesia contemporánea, muchas veces dividida entre activismo sin espiritualidad o espiritualismo sin misión.



CRECIMIENTO COMO RESULTADO, NO COMO OBJETIVO

Después de presentar las prácticas fundacionales que caracterizaron a la comunidad cristiana primitiva y tras describir cómo estas dimensiones se tradujeron en una espiritualidad encarnada, una economía del Reino y un testimonio social creíble, Lucas cierra su sumario programático en Hechos 2:42-47 con clave teológica que sirve como clímax narrativo y eje doctrinal: “Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hch 2:47b).

Esta breve declaración, situada al final del pasaje, no es un simple dato estadístico ni una observación anecdótica. Es, en realidad, una afirmación escatológica que resume la teología lucana del crecimiento eclesial. En ella confluyen las grandes tensiones del pensamiento eclesiológico contemporáneo: ¿Quién hace crecer a la iglesia? ¿Cómo se articula la fidelidad con la expansión? ¿Qué distingue una iglesia viva de una iglesia meramente eficiente?

La respuesta de Lucas es clara y contracultural: el crecimiento es obra del Señor. No depende de campañas, carisma, estrategias o metas institucionales. Es el fruto de una comunidad que vive en coherencia con el Reino, bajo la guía del Espíritu Santo, centrada en la Palabra y encarnada en prácticas que reflejan la gracia de Dios. A partir de esta convicción, esta sección desarrollará tres aspectos clave: el sujeto del crecimiento, el tiempo y modo verbal que describe su dinámica, y la crítica implícita que este texto ofrece frente a los modelos pragmáticos de misión.

El sujeto del crecimiento: el Señor

La voz activa del verbo griego “añadir” (προσέτιθε) y su sujeto explícito —el Señor— señalan de manera inequívoca que el crecimiento es obra divina, no estrategia humana. Ni la iglesia, ni los apóstoles, ni el liderazgo son agentes de esta acción. La incorporación de nuevos creyentes es un acto soberano de Dios, una extensión de su gracia, y no un logro eclesiástico, mucho menos estadístico. No hay presión, formas sutiles de manipulación ni cuotas. Es el Señor quien añade, cuando y como quiere, lo que implica una visión profundamente teocéntrica del crecimiento.

Tiempo y modo verbal: crecimiento sostenido y continuo

El verbo “añadía” está en imperfecto indicativo activo, lo que indica una acción continua, repetida, no puntual. El crecimiento no era producto de eventos



extraordinarios esporádicos, sino una dinámica diaria sostenida, fruto de una comunidad viva, enraizada en el Espíritu. Además, otras versiones emplean la voz pasiva (“eran añadidos”), reforzando la dimensión divina y receptiva del crecimiento. El énfasis de Lucas es claro: la iglesia no fabrica miembros, los recibe como don.

Crítica implícita al pragmatismo contemporâneo

Esta visión bíblica representa una crítica implícita —pero profundamente contundente— a ciertos modelos eclesiológicos actuales, donde el crecimiento se ha convertido en un fin en sí mismo, y donde las estrategias reemplazan a la fidelidad. La reducción de la misión a metas meramente numéricas y del discipulado a captación de miembros podría afectar negativamente la riqueza integral del evangelio. Esto invita a la iglesia a cuidar atentamente la profundidad espiritual de sus métodos y objetivos.

Elmer Towns y Gary McIntosh lo expresaron de esta manera: “Para muchos teólogos, el aspecto más perturbador y controvertido del paradigma de Crecimiento de la Iglesia es su énfasis en el crecimiento numérico” (Towns, 2004, p. 182).

Esta sentencia no solo diagnostica un problema teológico, sino advierte un peligro espiritual real: cuando la iglesia se ocupa solo del éxito cuantificable, del crecimiento y la relevancia, termina sirviendo a un dios falso, aunque lo haga en nombre de Cristo. Así, se contraponen dos paradigmas: uno centrado en la fidelidad al Reino, otro en la eficiencia institucional. El primero es escatológico y profético; el segundo, utilitarista y funcional.

Hechos 2:42-47 presenta una eclesiología profundamente contracultural: una comunidad que crece porque vive el Reino, no porque lo persigue. Su crecimiento es fruto del Espíritu, no de la técnica; es el resultado de la fidelidad, no de la estrategia. Esta visión bíblica nos llama a superar paradigmas de rendimiento, y a recuperar una praxis eclesial enraizada en la Palabra, guiada por el Espíritu, y orientada a la misión del Reino.

IMPLICACIONES PASTORALES Y MISIONALES

La lectura de Hechos 2:42-47 como paradigma de crecimiento eclesial no se limita a una observación histórica o exegética, sino que ofrece una propuesta



teológica con implicaciones prácticas profundas para la iglesia contemporánea. Este texto desafía las categorías dominantes del éxito ministerial y plantea un llamado urgente a reformar la vida y misión de la iglesia desde el Evangelio, no desde la eficiencia estructural. Las implicaciones pastorales y misionales que emergen de este modelo son especialmente relevantes para líderes eclesiásticos, iglesias locales y comunidades que desean ser fieles a Jesucristo en medio de una cultura eclesial muchas veces fragmentada por el pragmatismo, el activismo y lo que podríamos llamar ansiedad institucional.

A continuación se desarrollan cuatro implicaciones fundamentales, articuladas desde el testimonio lucano y en diálogo crítico con la praxis contemporánea:

Redefinir los indicadores de “éxito” pastoral

Uno de los desafíos más urgentes en el contexto pastoral actual es la desconstrucción del paradigma de éxito basado en números: cantidad de bautismos, cantidad de templos construidos, presupuestos elevados, metas alcanzadas. Este enfoque profundamente arraigado incluso en denominaciones con una fuerte identidad teológica, si no es equilibrado cuidadosamente, podría generar presiones sobre el liderazgo pastoral, incentivando decisiones rápidas o superficiales en la búsqueda de cumplir objetivos numéricos. Es importante que las comunidades eclesiales mantengan una reflexión pastoral permanente para evitar tales riesgos.

El texto de Hechos 2, sin embargo, presenta otro tipo de éxito, mejor entendido como prosperidad. El énfasis no está en los números per se, sino en la perseverancia: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hch 2:42).

La fidelidad al discipulado, la profundidad en la enseñanza, la comunión real y la adoración constante son los verdaderos frutos del Espíritu, y por tanto, los indicadores legítimos del ministerio fiel. El texto no ignora el crecimiento —al contrario, lo celebra— pero lo presenta como resultado de la fidelidad, no como objetivo instrumental.

Esta redefinición es crítica para proteger el ministerio pastoral del carrerismo eclesiástico, y para restaurar una ética del cuidado, la formación y la obediencia. Es preferible una iglesia pequeña que forma discípulos con profundidad que una iglesia grande sostenida por estrategias de retención y repetición vacía.



Restaurar la centralidad del discipulado

El modelo de Hechos es, esencialmente, un modelo discipulador. La comunidad no buscaba adherentes o asistentes, sino seguidores de Cristo formados en la enseñanza apostólica, comprometidos con la comunidad y moldeados por una vida de oración y servicio. El discipulado no era un curso, ni un paso previo al bautismo, sino un camino de transformación continua, enraizado en el Espíritu y sostenido en la comunión.

En palabras de Juan Wagenveld: “El crecimiento por discipulado es fundamental para la salud y la vitalidad de la iglesia [...] también profundiza su impacto espiritual y social, asegurando que la iglesia no solo crezca en tamaño, sino en profundidad” (Wagenveld, 2000, p. 26).

Esta afirmación no es solo teórica, sino práctica. El crecimiento numérico sin discipulado genera comunidades frágiles, vulnerables al legalismo o al sincretismo. El discipulado, por el contrario, implica acompañamiento, enseñanza, vida compartida, obediencia práctica. Es necesario transitar de un modelo centrado en decisiones a un modelo centrado en procesos. El énfasis de Hechos en la enseñanza (διδασκί) como primera prioridad, reafirma que la iglesia que crece verdaderamente es la que enseña fielmente.

Cultivar comunidades del Reino, no empresas religiosas

El modelo lucano de comunidad no responde a una lógica institucionalizada, sino a una eclesiología viviente, donde el Espíritu Santo guía, transforma y moviliza. No hay estructuras pesadas, ni programas prefabricados; hay vidas entrelazadas, recursos compartidos, espiritualidad encarnada. Hechos 2:44-45 lo expresa con claridad: “Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno” (Hch 2:44-45).

Este modelo no puede interpretarse como una imposición económica universal, pero sí como una manifestación visible de la justicia del Reino. La comunidad se convierte en signo escatológico, en espacio de reconciliación y en evidencia de que Cristo ha resucitado. En lugar de operar como empresas religiosas organizadas para maximizar productividad, las iglesias están llamadas a ser espacios



del Reino, donde la gracia es norma, la hospitalidad es estilo de vida, y la justicia es compromiso práctico.

Este llamado a cultivar comunidades del Reino implica una crítica estructural a la profesionalización excesiva del ministerio, a la dependencia de eventos y a la delegación del discipulado a programas. La verdadera espiritualidad no se mide por calendarios llenos ni por presentaciones audiovisuales, sino por la profundidad de las relaciones, la calidad del servicio, y la visibilidad del Reino en lo cotidiano.

Integrar adoración, vida comunitaria y misión

El último rasgo distintivo de la comunidad lucana es su capacidad para integrar dimensiones que hoy suelen estar fragmentadas. Hechos 2:46-47 muestra una comunidad que ora, come, celebra, sirve y evangeliza con un mismo corazón: “Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo” (Hch 2:46-47a).

La iglesia no se divide entre lo espiritual y lo social, lo litúrgico y lo comunitario, lo interno y lo misional. Vive todo como un movimiento vital único, sostenido por el Espíritu. Esta integración le otorga vitalidad, impacto y belleza. La alabanza no es un espectáculo; es testimonio. La comunión no es un evento; es vida compartida. La misión no es un departamento; es identidad.

En palabras de Byron Spradlin: “Si realmente creemos que la adoración es central en la vida del creyente y de la Iglesia, [...] tarde o temprano debemos plantearnos la pregunta: “¿Cuál es el papel de la adoración en relación con la implementación del crecimiento eclesial?” (Spradlin, 1996, p. 63).

Este enfoque misional no niega las estructuras organizativas, pero las subordina a la identidad y vocación misional de la iglesia como pueblo enviado por Dios para encarnar su Reino. La iglesia no es el objetivo de la misión; es su instrumento. Por eso, su organización debe servir a su misión, y no al revés.

La lectura de Hechos 2:42-47 como paradigma del crecimiento eclesial ofrece mucho más que una alternativa teórica frente a los modelos contemporáneos centrados en el rendimiento: plantea un reto pastoral integral y una llamada a la conversión eclesial. Este texto no solo invita a revisar métodos, sino a reorientar la



identidad y misión de la iglesia desde el Evangelio, bajo la guía del Espíritu y en fidelidad a la praxis del Reino.

Las cuatro implicaciones desarrolladas —redefinir el éxito ministerial, restaurar la centralidad del discipulado, cultivar comunidades del Reino y reintegrar adoración, comunión y misión— constituyen un marco pastoral coherente con la teología bíblica, y especialmente pertinente en tiempos de confusión eclesial, ansiedad institucional y agotamiento espiritual entre líderes. En un contexto donde muchos pastores son evaluados por metas numéricas y donde las comunidades luchan por mantener su vitalidad espiritual, este modelo ofrece una brújula teológica profundamente liberadora: el crecimiento auténtico de la iglesia no es obra humana ni fruto de la presión, sino resultado natural de una comunidad que vive en obediencia al Reino y en comunión con el Espíritu.

Redefinir el éxito como fidelidad y no como eficacia, devolver el discipulado al centro de la misión, volver a formas de vida comunitaria más encarnadas y menos programáticas, y superar la fragmentación entre adoración, comunidad y testimonio, son pasos ineludibles hacia una iglesia más bíblica, más humana y más misional. No se trata de abandonar la organización, sino de someterla al servicio del propósito eterno de Dios: formar un pueblo que encarne su Reino en el mundo, desde la cruz, en el poder del Espíritu.

Estas implicaciones no son recomendaciones opcionales, sino exigencias que emanan de la lógica del Reino y de la eclesiología de Hechos. Frente a una cultura eclesial que muchas veces sacrifica la fidelidad por la relevancia, y el discipulado por la expansión, el testimonio de la iglesia primitiva resuena como un llamado urgente: ser una comunidad que no crece porque se lo propone, sino porque persevera en la Palabra, vive en comunión, celebra con gozo y sirve con generosidad. En este tipo de comunidad, el Señor —y solo Él— añadirá cada día los que han de ser salvos.

CONCLUSIÓN

Este artículo ha buscado confrontar dos paradigmas eclesiales opuestos: el modelo pragmático de crecimiento derivado del mundo empresarial y el modelo bíblico-teológico articulado en Hechos 2:42-47. La crítica al paradigma contemporáneo no es meramente moral o estética, sino profundamente teológica:



la misión de la iglesia no puede ni debe ser subsumida bajo las lógicas del rendimiento, del marketing o de la cuantificación. Cuando la fidelidad al Reino es reemplazada por estrategias de expansión, la iglesia no solo pierde su identidad misionera, sino que compromete su integridad escatológica.

En contraste, el modelo lucano no presenta un idealismo romántico ni una nostalgia institucional, sino una visión inspirada por el Espíritu de lo que significa ser iglesia en el tiempo entre Pentecostés y la Parusía. Hechos 2:42-47 no describe una iglesia perfecta, sino una comunidad redimida que vive con coherencia su vocación misionera desde la fidelidad, la comunión y la adoración. Su crecimiento no es obra de técnicas humanas, sino resultado de una vida impregnada por el Espíritu, centrada en la enseñanza apostólica, en la solidaridad práctica y en la alabanza compartida.

Entre las conclusiones más relevantes encontradas en nuestra investigación, destacamos:

1. Una redefinición teológica del éxito eclesial, desplazando el énfasis desde el crecimiento numérico hacia la fidelidad al discipulado, la madurez espiritual y el testimonio del Reino;
2. La centralidad del discipulado como proceso continuo, opuesto a las campañas fragmentadas y sin seguimiento que caracterizan gran parte de la praxis misionera contemporánea.
3. Una concepción comunitaria y relacional de la iglesia, no como organización funcional, sino como cuerpo viviente donde se encarna la justicia, la gracia y la hospitalidad del Reino de Dios.
4. La integración litúrgica de adoración, la vida comunitaria y la misión, proponiendo una eclesiología integral que vive “en el templo y en las casas”, en adoración y con el favor del pueblo.
5. Una teología del crecimiento centrada en la acción soberana del Señor, quien “añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hch 2:47b), recordándonos que el crecimiento es gracia, no objetivo; don, no meta; resultado de la fidelidad, no fruto de la presión.

Frente al riesgo constante de instrumentalizar la misión bajo parámetros ajenos al Evangelio, el testimonio de Hechos 2 se erige como una palabra profética y pastoral para la iglesia del siglo 21. Su mensaje no es un llamado al conformismo, sino a la renovación; no al quietismo institucional, sino a una fidelidad radical que



reordene prioridades, derribe ídolos e inspire nuevas formas de ser y hacer iglesia en el mundo.

Una teología bíblica del crecimiento eclesial debe comenzar con la conversión de nuestra forma de entender la iglesia: dejar de pensar el crecimiento como acumulación y empezar a concebirlo como maduración; dejar de buscar la eficacia como fin y volver a la fidelidad como fundamento. Solo así la iglesia será, una vez más, un signo visible del Reino, una comunidad transformadora y una presencia viva del Evangelio en medio de los pueblos.

REFERENCIAS

BELOKONNY, M. J. Biblical and Theological Issues of Church Marketing. **Journal of the American Society for Church Growth**, v. 8, n. 2, p. 39-68, 1997. Disponible en: <https://place.asburyseminary.edu/jascg/vol8/iss2/4/>. Accedido el 23 de abril de 2025.

BONHOEFFER, Dietrich. **The Cost of discipleship**. 1st Touchstone ed. New York: Touchstone, 1995.

CAREERISM. In: **Merriam-Webster Dictionary**. Springfield, MA: Merriam-Webster, [s.d.]. Disponible en: <https://www.merriam-webster.com/dictionary/careerism>. Acceso em: 20 out. 2025.

GIBBS, E. Church Growth Viewed “Through A Glass Darkly”. **Journal of the American Society for Church Growth**, v. 11, n. 3, p. 3-13, 2000. Disponible en: <https://place.asburyseminary.edu/jascg/vol11/iss3/2/>. Accedido el 29 de abril de 2025.

GREEN, R. Healthy Church Growth Happens When Pastors Stay A Long Time. **Journal of the American Society for Church Growth**, v. 13, n. 3, p. 67-78, 2002. Disponible en: <https://place.asburyseminary.edu/jascg/vol13/iss3/5/>. Accedido el 14 de abril de 2025.

KEENER, Craig S. **Acts: An exegetical commentary**. Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2012-2015. v. 1-2, 4.

LUTHER, Martin. **The Sermons of Martin Luther**. Vol. 7. [S.l.]: Forgotten Books, 2008.

McINTOSH, G. L. Church Movements of the Last Fifty Years in North America. **Great Commission Research Journal**, v. 2, n. 1, p. 40-49, 2010. Disponible en: <https://place.asburyseminary.edu/gcrj/vol2/iss1/5/>. Accedido el 29 de abril de 2025.

MCGAVRAN, Donald A.; WAGNER, C. Peter. **Understanding church growth**. 3. ed. Grand Rapids, Mich.: W. B. Eerdmans, 1990. estra



PAAS, S. **Church Planting in the Secular West: Learning from the European Experience**. Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 2016.

SANTA BIBLIA: Reina-Valera 1960. Miami: Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

SPRADLIN, B. A Philosophy of Worship and Church Growth. **Journal of the American Society for Church Growth**, v. 7, n. 1, p. 55-71, 1996. Disponible en: <https://place.asburyseminary.edu/jascg/vol7/iss1/5/>. Accedido el 19 de abril de 2025.

STRONG, J. **Strong's Exhaustive Concordance of the Bible**. Nashville: Thomas Nelson, 2009.

TOWNS, E. L. Evangelism in a Postmodern World. **Journal of the American Society for Church Growth**, v. 13, n. 2, p. 35-47, 2002. Disponible en: <https://place.asburyseminary.edu/jascg/vol13/iss2/4/>. Accedido el 6 de abril de 2025.

TOWNS, E. L.; McINTOSH, G. **Evaluating the Church Growth Movement: 5 Views**. Grand Rapids, MI: Zondervan, 2004.

WAGENVELD, J. **Iglecrecimiento Integral: Una Introducción Bíblica al Estudio del Crecimiento de la Iglesia**. Colombia: Editorial Unilit, 2000.

WHITE, Ellen G. **The Acts of the Apostles**. Mountain View, CA: Pacific Press Publishing Association, 1911. p. 45.